

## **Economía regional y emergencia de movimientos agrarios. La región Chaqueña de los años setenta**

**Guido Galafassi**

Doctor en Antropología pela Universidad de Buenos Aires – UBA (2002)  
Docente e investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas – CONICET  
Docente e investigador de la Universidad Nacional de Quilmas – UNQ  
Dirección profesional: Roque S. Peña, 352, Bernal, Quilmas, 1876, Argentina  
E-mail: [ggalafassi@unq.edu.ar](mailto:ggalafassi@unq.edu.ar)

### **Resumen**

El objetivo de esta ponencia es realizar una caracterización de las relaciones de producción y del desarrollo de la actividad agropecuaria en la región chaqueña, para poder establecer así correlaciones con la emergencia de un importante proceso de movilización social de campesinos y medianos productores en los años setenta (Ligas Agrarias). El accionar de este movimiento agrario se definía explícitamente desde una situación tanto de subsunción en términos de clases sociales como de marginalidad y subdesarrollo regional. Como las Ligas Agrarias inscribían su lucha dentro de una acepción que resaltaba las desigualdades sociales y las desigualdades socioeconómicas espacio-territoriales, es importante entonces estudiar las características estructurales e históricas de la economía regional, para poder entender más cabalmente el origen del movimiento social.

Palabras clave: Ligas agrarios; región Chaqueña; movimientos agrarios; relación de producción; movilización social.

### **Resumo**

#### **Economia regional e emergência de movimentos agrários: a região Chaqueña da década de 1970**

O objetivo deste trabalho é caracterizar o desenvolvimento da atividade agropecuária na região noreste da Argentina, para assim poder estabelecer correlações com a emergência de um importante processo de protesta social de camponeses e produtores médios nos anos setenta (Ligas Agrárias). O acionar deste movimento agrário era definido a partir de uma situação tanto de subordinação em termos de classes sociais, quanto de marginalidade e subdesenvolvimento regional.

Palavras-chave: Ligas agrárias; região Chaqueña; movimentos agrários; relação de produção; mobilização social.

### **Summary**

#### **Regional economies and the emergence of agrarian movements: The Chaqueña region in the 1970s**

The aim of this paper is to establish a correlation between the development of agriculture in the Chaqueña region of northeast Argentina and the emergence of an important agrarian social movement (the Agrarian Leagues) in the 1970s. The article argues that the activities of the Leagues were shaped by subordination, subordination in class terms as well as regional terms, as the Chaqueña remained marginalized from national development processes.

Keywords: agrarian Leagues; Chaqueña region; agrarian movements; productive relations; social mobilization.

## Introducción

En la Argentina de los años '70 su sucedieron una larga serie de conflictos sociales y situaciones de lucha entre sectores y fracciones de clases, en el marco de un proceso de convulsión social y política y de fuerte contraste entre proyectos de sociedad y nación claramente diferentes. Un imaginario de cambio social radicalizado (revolucionario en ciertos casos) estuvo fuertemente presente en diferentes sujetos colectivos. Junto a la lucha de los sectores obreros organizados, los estudiantes y los movimientos guerrilleros, en las áreas rurales también se desarrollaron varios procesos de movilización social en el marco de marcados conflictos inscriptos en las contradicciones existentes en las relaciones sociales de producción. La emergencia y desarrollo de las Ligas Agrarias en el nordeste argentino constituye, sin lugar a dudas, el mayor proceso de movilización social del ámbito rural de aquellos años.

Dentro del Nordeste, la región Chaqueña guardaba y guarda ciertas particularidades que le dan una unidad importante, tanto desde el punto de vista geográfico como socio-productivo. En las páginas que siguen se intentará primero realizar una caracterización de las relaciones de producción y del desarrollo de la actividad agropecuaria en la región chaqueña, para después analizar la emergencia de las Ligas Agrarias, en tanto proceso de movilización social de campesinos y medianos productores en correlación dialéctica con la estructura social y productiva de la región. El accionar de este movimiento agrario se definía explícitamente desde una situación tanto de subsunción en términos de clases sociales como de marginalidad y subdesarrollo regional. Como las Ligas Agrarias inscribían su lucha dentro de una acepción que resaltaba las desigualdades sociales y las desigualdades socioeconómicas espacio-territoriales, es importante entonces estudiar las características estructurales e históricas de la economía regional, para poder entender más cabalmente el origen del movimiento social. De esta manera se adoptará una perspectiva que establece una clara diferencia respecto a las teorías dominantes<sup>1</sup> sobre el estudio de los movimientos sociales.

## Economía y patrones de desarrollo en la Argentina pos-peronista

Comencemos entonces con una vista resumida del modelo de desarrollo en la Argentina de las últimas décadas, pues las economías regionales son un reflejo de estos patrones generales.

Con el agotamiento del modelo de sustitución de importaciones y la crisis de los últimos años del gobierno peronista en la década de los '50, se vislumbra la endeblez del sistema agrícola-exportador que ya no puede seguir sosteniendo el desarrollo industrial con las divisas que generaba. El nuevo contexto internacional con el fin de la segunda guerra y el re-posicionamiento de EEUU como país dominante generaba una nueva situación donde la creciente exportación de artículos alimenticios (alto precio y alta demanda) y la posibilidad de negociar con diferentes países llegaba a su fin. La industria comenzó a padecer la falta de insumos y de re-equipamiento y el estancamiento de la demanda. Este cuadro puso en crisis los pilares básicos de la política peronista que consistía en acumulación y redistribución del ingreso. Los

<sup>1</sup> Para una crítica de las teorías dominantes sobre movimientos sociales ver: Galafassi, 2006.

enfrentamientos entre la clase obrera y la burguesía comenzaron a resurgir, al agotarse la capacidad de arbitraje que el gobierno peronista había estado ejerciendo<sup>2</sup>.

El gobierno peronista entonces, intentando salir de la crisis, da comienzo a la política que marcará el rumbo para las próximas décadas, abriendo las puertas a las inversiones extranjeras (Ley de Radicación de Capitales y contratos petroleros con EEUU) con el objetivo de poner en marcha nuevamente el crecimiento industrial, dando así por terminado el supuesto desarrollo nacional e independiente (cfr. Peña, 1986). Esta ley de Radicación de Capitales dictada en 1953 propició las inversiones externas dirigidas a actividades mineras e industriales, estableciendo restricciones para el giro de las utilidades o el rendimiento del capital, al tiempo que sancionaba un régimen de promoción industrial que beneficiaba con exenciones especiales algunas actividades.

Con la Revolución Libertadora, se pone fin definitivamente a la estrategia peronista de relativa acumulación y redistribución y se ajustan los objetivos en pos tratar de salir del estancamiento industrial y hacia la recomposición de las condiciones que perpetuaran la dominación de las clases tradicionales. Así, las distintas fracciones de la burguesía, en las que predominaban los sectores agrarios tradicionales, reconstituyeron su dominio, ayudadas por la política de la Libertadora: planes de estabilización monetaria, restricciones salariales y reducción de los gastos del Estado<sup>3</sup>. Con el objetivo de estimular la producción agropecuaria, que era vista todavía como la fuente posible de divisas para la reactivación industrial, se suprimió el control de cambios y la comercialización oficial (liberalización del mercado) y se establecieron devaluaciones que favorecían directamente la producción agrícola para la exportación. El país ingresa al FMI y al BIRF, con lo cual termina de alinearse a los dictados de la hegemonía capitalista a nivel internacional.

La represión de la variante popular del movimiento peronista signó la política de esos años hasta los setenta. Esto provocó el endurecimiento de las distintas posiciones de la resistencia peronista, marcando así un camino en donde la proscripción o la entrega del poder a las huestes de Perón se constituyeron en la dicotomía básica del problema político-social de esas décadas. Este proceso solo se resuelve parcialmente con el regreso al poder del peronismo en 1973, pero vuelve a ser interrumpido con la dictadura instalada en 1976 (aunque luego de este año, la antinomia peronismo-antiperonismo ya deja de ser la clave de la política argentina). Sin este proceso de dicotomía de proscripción o apoyo resulta difícil entender muchos de los hechos y situaciones de protesta y movilización de los años 70, entre los cuales se cuenta el proceso de conformación y desarrollo de las Ligas Agrarias del Nordeste en particular, así como de los diferentes procesos del interior.

El gobierno Frondizista que sigue a la Libertadora da un claro impulso a la política de fomento de las inversiones extranjeras intentando dirigirlas hacia las industrias básicas, pilares de su proyecto desarrollista. Las restricciones al giro de las utilidades y al rendimiento del capital de la Ley de 1953, ya habían sido eliminadas en 1955, para en 1958 establecerse un nuevo régimen legal autorizando expresamente la libre transferencia de utilidades y capitales, reiterando las exenciones especiales para la promoción de industrias básicas. La primaria reactivación económica lograda, le permitió a Frondizi reeditar en parte la alianza policlasista del peronismo, obteniendo acuerdos a través de sus dirigentes. La política del gobierno parecía querer desarrollar las industrias básicas como el petróleo, la química y la siderurgia a partir de las inversiones extranjeras con el objetivo de lograr el autoabastecimiento; junto a un programa general de modernización del aparato productivo y estatal. Pero pronto se vieron las consecuencias reales de este proceso, al marginar por poco competitivas a

<sup>2</sup> Un panorama general del proceso de desarrollo económico y político de la Argentina de estos años y de todo el siglo XX se puede ver en: Vitelli (1999) y Rapoport (2000).

<sup>3</sup> Sobre la relación entre burguesía, industria y liberación nacional ver el excelente trabajo de Milciades Peña (1974).

las industrias desarrolladas durante el período de sustitución de importaciones y al bajar incluso la tasa de empleo dada la modernización tecnológica que disminuía la necesidad de mano de obra. Además, la llegada de capitales extranjeros estuvo condicionada a la realización de una política de estabilización monetaria y contención del gasto público, con las obvias consecuencias negativas sobre el nivel de vida de las clases populares. La ilusión de reeditar la alianza peronista con apoyo obrero se esfumó rápidamente, agudizándose las contradicciones de clase, que se manifestó en un aumento de la conflictividad laboral sumada a la resistencia debida a la proscripción del peronismo aún vigente. Frente a esto, los sectores militares asumieron cada vez más decididamente el papel de gendarmes del proceso político-económico de modernización, generando varios planteos al gobierno, hasta que este finalmente cayó.

Tras el interregno militar, en donde al nuevo régimen de 1958 se le agrega una garantía para las inversiones extranjeras, gozando a partir de 1963 de una franca y real extraterritorialidad; el gobierno de Illia intentó una doble jugada para rescatar tibiamente el sistema democrático-representativo liberal, a partir de un nuevo intento de incorporar al peronismo sin entregarle el poder y de la continuación de la política modernizadora, pero siguiendo ciertos principios de la doctrina de la CEPAL. Las propias contradicciones del gobierno, la continuada proscripción del peronismo que no dejaba de generar una fuerte resistencia y la tutela permanente de las fuerzas armadas, determinó la caída también de este gobierno radical.

Para este momento, quedaba claro el fracaso por realizar los cambios, profundos y poco populares, en pos de una modernización que implicaba ubicar al país en las nuevas condiciones del capitalismo internacional, mucho más por cuanto esto intentaba ir acompañado con el objetivo de aglutinar a las clases y sectores dominantes que fueran capaces de captar la aceptación de vastos sectores populares. El nuevo orden político-económico que se intentaba imponer debía enfrentarse a las consecuencias que generaba el reducir la importancia del consumo interno, para lo cual se debía poner límite también a las reivindicaciones salariales del movimiento obrero. A su vez, el nuevo orden que se apoyaba en el capital monopólico, marginaba a sectores industriales tradicionales, a clases medias independientes e incluso a los propios sectores agro exportadores. Articularse en torno al capitalismo monopólico implicaba a su vez el problema de la ausencia de un sector político que representara cabalmente a esta fracción del bloque dominante.

La solución llegó de las manos de la Revolución Argentina, donde las fuerzas armadas irrumpían otra vez en el orden democrático liberal para llevar adelante la reestructuración que este no era capaz de hacer. La presencia firme en el gobierno de eficientes tecnócratas vinculados estrechamente a los intereses del capital monopólico introducía una cuota de mayor seguridad y precisión en el logro de los objetivos. Esta nueva dictadura asumió la función de organizar políticamente a las distintas fracciones de la burguesía prescindiendo para esto de la actuación de los partidos políticos y contando con la ventaja de no tener que confrontar electoralmente. Esto le permitió defender los intereses más globales del nuevo orden, aun a costa de sacrificar intereses particulares de algunos sectores, como el exportador. La metodología implementada para la imposición de esta política fue la represión a las luchas populares y el soborno a los estamentos más privilegiados del movimiento obrero y a su burocracia. La estabilización monetaria y la contención de la inflación, el congelamiento de los salarios, la reducción del gasto público, la racionalización administrativa y la implementación de la superestructura jurídica necesaria para la libre actuación de las inversiones extranjeras, fueron las medidas fundamentales implementadas en el ámbito de la economía.

Para este momento, la renovada política en relación a las inversiones extranjeras generó una situación de importante promoción, en la que Estados Unidos llevaba la delantera al contar para 1965 con más del 50% de las radicaciones de capitales efectuadas en los últimos diez años. Las inversiones provinieron en general

de un reducido número de grandes corporaciones monopólicas, y estuvieron mayormente orientadas a la petroquímica, la industria automotriz, la siderurgia y la electrónica, vistos como los sectores básicos que dirigirían el crecimiento industrial permitiendo superar el estancamiento del proceso de sustitución de importaciones. (Rofman y Romero, 1996)

Pronto se vieron las consecuencias de este auge de las inversiones. Debido a la posibilidad de la libre circulación de utilidades y capitales, la balanza de pagos comenzó a mostrar los desequilibrios, por cuanto la remesa de utilidades y la posibilidad de girar libremente los capitales no lograban compensar el ingreso de las inversiones<sup>4</sup>. Además, el agro no pudo responder según las expectativas de generar las divisas necesarias a través del sector exportador. A pesar de ciertos incentivos (supresión del control de cambios, sostén de los precios en períodos de baja y repetidas devaluaciones) que representaban un traslado automático de recursos al sector rural, la producción no aumentaba en forma paralela, permaneciendo por otro lado inmodificadas las condiciones estructurales que influían en este estancamiento, como el monopolio de la comercialización, la tecnificación relativamente escasa junto a la alta concentración de la propiedad de la tierra.

En síntesis, la dependencia profundizó su instalación a través de políticas y estructuras económicas que consolidaron las desigualdades, al adoptar más francamente las pautas de funcionamiento del sistema internacional, aceptando de nuevo activamente las condiciones de la división global del trabajo.

La entrada de capitales extranjeros, especialmente norteamericanos, privilegió obviamente, los sectores más dinámicos de la economía, es decir aquellos ubicados en las posiciones más claves para la dirección del proceso económico. Esto trae aparejado la adopción de toda una serie de prácticas propias de las economías centrales modernizadas (financiamiento, circuitos de comercialización, tecnologías y formas de organización empresarial) que a su vez repercute en el resto de la estructura económica, al ubicarse en una posición de competencia más favorable. Así, la concentración monopólica es inevitable, por cuanto las ventajas comparativas favorables de los sectores más modernos, en un marco de regulación que privilegia fuertemente la competencia en desmedro de cualquier otra política orientadora, termina desplazando y/o subordinando al resto de los sectores productivos. Las empresas locales que no entraron en este proceso modernizador ligado a las inversiones extranjeras, o cerraron sus puertas o terminaron vendiendo sus acciones, favoreciendo así aún más el proceso de concentración económica. Este proceso de entrada de capitales internacionales fue modificando la totalidad del sistema productivo, por cuanto se estableció una división franca entre los sectores modernos y eficientes, y aquellos unidos o subordinados a él, y los sectores “antiguos”, que al no poder competir, no pueden incorporarse a la modernización quedando así rezagados, lo que los lleva a languidecer y hasta desaparecer. Esta competencia entre agentes económicos también se dio en relación al desarrollo regional. Zonas de producción ineficientes, según las nuevas reglas, sufrieron este proceso de marginación y exclusión. La región azucarera padeció un agudo proceso de cierre de ingenios sin ninguna política clara de reemplazo y la región algodonera chaqueña vio rezagada su producción ante el avance de productos tecnológica y económicamente más eficientes. Esta situación que resulta en una dependencia interna, no solo no fue considerada un problema desde las esferas de poder, sino que por el contrario se continuó con la política de promoción del proceso de modernización.

La empresa multinacional constituye un protagonista principal en esta relación de dependencia. Este sujeto económico de la etapa imperialista del capitalismo dispone de recursos claves como una gran capacidad de maniobra para controlar múltiples mercados nacionales en forma simultánea, una productividad creciente

<sup>4</sup> Respecto al ciclo de inversiones extranjeras y remesas de dividendos ver el texto fundamental de Ciafardini (1990).

sustentada en una permanente actualización de los procesos tecnológicos, además de vastos y variados recursos financieros. Esto la sitúa en una situación de privilegio en el proceso de competencia intercapitalista asumiendo a su vez un comportamiento propio tanto en término de las relaciones sociales de producción como en el desarrollo territorial y en las ramas y rubros productivos.

Así, el crecimiento industrial en los años ´60 guardó una relación especial con el destino de las inversiones, siendo los sectores destinatarios fundamentales de las inversiones extranjeras aquellos que más crecieron. Petróleo, industria química y petroquímica, fabricación de vehículos automotores e industria metalúrgica en general, absorbieron el mayor porcentaje de capitales extranjeros invertidos. Este crecimiento industrial con radicación de empresas industriales de gran tamaño mostró un importante dinamismo asociado a su vez con un proceso de concentración y un creciente control de la economía nacional por dichas empresas. De 1957 a 1966 se duplicó el número de empresas con capitales extranjeros entre aquellas de mayor venta y las ventas de las 100 empresas mas importantes pasaron de un 20% a casi un 30% en solo diez años, evidenciando claramente la aceleración del proceso de concentración (Skupch, 1971).

En términos de las relaciones sociales de producción, se observa un marcado cambio en la relación capital/fuerza de trabajo. Mientras en períodos anteriores el incremento de la producción se debía en parte importante a la incorporación de mano de obra, con el proceso de modernización, concentración y entrada de capitales multinacionales, el aumento de la productividad se debió justamente a la incorporación de capital a través de la adopción de tecnologías complejas crecientemente automatizadas. Esto provocó una reducción en la demanda de trabajo, que se evidenció en una disminución de los obreros ocupados<sup>5</sup>, junto a una modificación en la composición de la fuerza de trabajo, al requerirse más calificación y obtener ésta mayores remuneraciones. Es decir que disminuye la mano de obra ocupada en el sector manufacturero y a su vez se incrementa la diferenciación apareciendo un sector con ingresos salariales por encima del promedio de la mano de obra ocupada en los sectores tradicionales<sup>6</sup>.

En términos espaciales también se operaron ciertas modificaciones. Las grandes plantas de capitales multinacionales requerían un patrón de localización específico. Las estructuras urbanas donde estaban localizadas la mayor parte de las pequeñas y medianas empresas de los sectores tradicionales con bajos requerimientos de espacio, ya no eran del todo aptas para el desarrollo del proceso de modernización. Las nuevas industrias ligadas a las ramas pesada y semipesada necesitaban de condiciones particulares que las terminaron alejando del corazón de las grandes urbes favoreciendo un proceso de metropolización. Provisión de abundante energía, grandes áreas de depósito y maniobra, fácil acceso a las principales vías de comunicación terrestre o fluvial así como a las vías de eliminación de desechos y grandes volúmenes de agua para los procesos productivos, fueron algunas de los principales requerimientos que conformaron una nueva trama territorial con pocas pero significativamente grandes plantas en las periferias de las zonas urbanas, que a su vez promovió un renovado proceso de urbanización de estas áreas encadenando a su vez un proceso de instalación de pequeñas y medianas industrias proveedoras de las grandes plantas.

<sup>5</sup> Según los censos, se pasa de 1.055.469 trabajadores ocupados en el sector manufacturero en 1954 contra 973.341 para 1964.

<sup>6</sup> Mientras el aumento en los salarios entre los años 1952 y 1969 para las ramas tradicionales estuvo en un 420% para alimentos y bebidas y en un 370% para textiles, trepó para los sectores ligadas a los capitales multinacionales muy por encima de esas cifras: 500% en papel y cartón, 536% en maquinarias y vehículos, 633% en máquinas y aparatos eléctricos, 658% en productos químicos, 804% en caucho y 880% en petróleo (Banco Central, 1970).

Esto no alteró el proceso de desigual desarrollo territorial del país, por cuanto las condiciones fundamentales seguían encontrándose en la zona litoral, que concentraba los recursos económicos, laborales y territoriales aptos para la instalación de grandes plantas. Así, se expandieron las áreas urbanas y periurbanas en un proceso de retroalimentación positiva ligado a la mayor oferta de ciertos insumos básicos junto a la localización de los grandes mercados de consumo.

Pero, parte de los nuevos requerimientos del sector industrial moderno, obligaron al Estado a tomar una serie de decisiones en relación al incremento de la inversión en infraestructura social básica, especialmente en el mejoramiento de la red de transporte terrestre en la región del Litoral y en la provisión de energía, a través tanto de la ampliación de las centrales térmicas como de la instalación de nuevas centrales hidroeléctricas (Chocón-Cerros Colorados) o nucleares (Atucha).

### **Desarrollo y movilización social en el Interior (regiones extrapampeanas)**

A partir de los años 50, el interior se vio como protagonista de diversos procesos políticos y socioeconómicos. Ya desde el peronismo se comienza a vislumbrar algún cambio, refocalizándose la cuestión regional con la Revolución Libertadora y los posteriores gobiernos constitucionales de Arturo Frondizi y Arturo Illia. Los años '60 y principios de los '70 marcaron, sin lugar a dudas, el momento culminante de las luchas de intereses en el interior, al explotar la crisis azucarera en Tucumán primero, seguir con el Cordobazo en mayo de 1969, el Choconazo en 1969-1971 y el proceso de movilización agraria más importante desde el Grito de Alcorta<sup>7</sup> que fue la constitución de las Ligas Agrarias en la región del Nordeste desde 1971 a 1976.

Fue Córdoba el centro, tanto de un renovado auge de desarrollo regional (fundamentalmente a partir del crecimiento de la producción industrial) así como de los procesos de movilización social que pusieron en jaque no solo al reinado continuado de las dictaduras militares sino incluso al propio patrón capitalista de desarrollo. A su vez, la readaptación del perfil de las economías regionales a los intereses ligados al mercado multinacional devino en algunas serias crisis con movimientos de resistencia como respuesta, como en Tucumán o en el Nordeste; o en procesos de protesta debido a la implantación de nuevos mega-proyectos en donde el trabajo era sinónimo de hiper-explotación, como en Patagonia. La estrategia desde el poder, amparados bajo un régimen dictatorial, fue siempre la represión, aunque también se implementaron diversas estrategias de redefinición del desarrollo con el explícito objetivo de desarticular a los grupos de resistencia. En todos los casos la impronta regional con sus particularidades tuvo una fuerte incidencia en las rebeliones y movilizaciones, pero también fueron el reflejo de un momento nacional de efervescencia antisistema (al son de procesos continentales y hasta mundiales), por cuanto la revolución cubana primero, seguida de la revolución vietnamita y otros procesos de liberación en el Tercer Mundo marcaban la agenda y funcionaron como fuertes acicates movilizadores hacia un camino de cambio social. Es que estas experiencias demostraban la concreta posibilidad de tal cambio. Es por esto que parece demasiado limitada aquella visión que sostiene que “lo que estas protestas ponían en cuestión era justamente la relación entre lo regional y lo nacional” (Mark Alan Healey, 2003:172). Además es de notar la categorización de solo “protesta” que se le da en lugar de verlos como procesos dialécticos de hegemonía, resistencia y movilización social.

Pero lo anterior no implica que no existiera, desde la creación de Argentina como nación, fuertes desigualdades regionales que llevaban a relaciones conflictivas y de sumisión. La dicotomía entre la “prospera región pampeana” y las “empobrecidas

<sup>7</sup> Sobre el Grito de Alcorta ver, por ejemplo, Grela (1958).

provincias extrapampeanas” seguía tan vigente como a principios de siglo. Vale la denominación que esta dicotomía recibía por aquellos días, por un lado el “litoral cosmopolita y moderno” y por otro y enfrentado, el “interior criollo y tradicional”. Esta visión de la dicotomía tuvo una importancia marcada tanto en la política peronista como en la liberal-conservadora -que se impondría nuevamente luego del derrocamiento peronista- marcando en parte ciertos rasgos de los conflictos y los procesos de movilización social de los años ´60 y ´70. Mientras el peronismo intentó atemperar las diferencias entre los dos polos de la dicotomía en forma indirecta a través de un intento de fortalecimiento del mercado interno y una redistribución de la riqueza de tal manera de ser un poco menos desfavorable para las clases trabajadoras, aunque esto implicara sostener situaciones de “atraso productivo” en términos de competitividad internacional; los regímenes, tanto dictatoriales como constitucionales posteriores (con una leve salvedad para el gobierno de Illia) basaron en la “lucha contra el “atraso” el foco de su política. Fue así que el objetivo de la “modernización” se transformó en el supuesto eje de sus políticas. Modernización significaba luchar contra lo tradicional (asentado en el interior) y potenciar las fuerzas que traerían progreso y pondrían a la Argentina otra vez en niveles de competitividad internacional. Fu el capital multinacional aquel considerado como el fundamental promotor de la modernización. Buena parte de la explicación de los conflictos y procesos de resistencia y movilización se encuentra precisamente en el entender las consecuencias y los impactos que estas políticas de modernización tuvieron sobre las estructuras sociales y productivas del interior. Los casos mencionados más arriba reflejan justamente esta situación. El poner en competitividad la producción regional de azúcar en Tucumán y de algodón en el nordeste generó la reacción de las clases trabajadoras o de pequeños productores rurales que vieron así declarada su defunción, por cuanto no podían entrar en el nuevo “régimen de producción moderna”. Como la competitividad implica bajar costos y el bajar costos implica mayor explotación de la fuerza de trabajo, esta puede reaccionar e intentar resistirse, tal como se dio en los casos de Córdoba y el Chocón mencionados también más arriba.

Es decir que la relación entre lo regional y lo nacional estuvo claramente presente, como casi siempre lo está, pero esta relación entre lo regional y lo nacional es claramente insuficiente para explicar por sí solo la dinámica de las décadas del ´60 y ´70. Sin la fuerte relación dialéctica de dependencia con procesos internacionales que se materializó a través de las políticas de modernización, es difícil, sino imposible entender los procesos de hegemonía-resistencia de aquellos años.

Si bien todo recomenzó más claramente con el derrocamiento del peronismo, fue, más precisamente, el desarrollismo con el gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962) quien instaló definitivamente el modelo de modernización que moldearía el desarrollo hasta nuestros días. Esta modernización se basaba en un modelo de “industrialización” basado en la entrada de capitales multinacionales y en la concentración económica como forma para dinamizar la economía y acelerar el crecimiento. Se dio fuerte prioridad a industrias y economías consideradas estratégicas lo que tuvo consecuencias muy marcadas en el ya importante desequilibrio regional: se concentraron los esfuerzos en las industrias pesadas de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, lo que significaba condenar a la postración al resto de las economías regionales, salvo en algunos puntos como la Patagonia o Salta que se convirtieron en importante fuente de recursos energéticos (petróleo y energía hidráulica). Esta política de desarrollo es la que ayuda a explicar los conflictos de los años venideros.

En términos agrarios se comenzó con un programa de modernización vía la capitalización y concentración de la producción, eliminando los mecanismos de regulación de la misma, lo que terminó en una serie de crisis de precios y sobreproducción, afectando obviamente de manera diferencial a los diferentes estratos, siendo los pequeños y medianos aquellos que en muchos casos se vieron imposibilitados de afrontar estos cambios hegemónicos. La lucha de las Ligas Agrarias

se encaminó precisamente en este sentido siendo sus principales enemigos los monopolios y las políticas de Estado asociadas a estos.

La autodenominada “Revolución Argentina” (nueva dictadura militar que de la mano del teniente general Juan Carlos Onganía derrocó al presidente Illia en 1966) continuó y profundizó el plan de modernización iniciado con el desarrollismo. Con el supuesto objetivo de producir un salto cualitativo en la vida argentina, el gobierno de Onganía promovió la asignación forzosa de recursos al sector moderno y transnacional de la economía. Las grandes industrias y capitales y las fuertes inversiones fueron obviamente las privilegiadas. Aunque es de hacer notar la existencia también de un componente relativamente “estatista”, por lo menos en los órganos de planificación, con el intento de intentar regular desde el Estado el proceso de liberalización de la economía. Los perjudicados fueron vastos sectores económicos, fundamentalmente del interior cuyo eje era la producción a pequeña y mediana escala apuntada fundamentalmente al mercado interno; así como los trabajadores y sus asociaciones gremiales, debido al fuerte carácter clasista (en el sentido de favorecer ampliamente las clases burguesas) y autoritario del gobierno dictatorial. Esto último también se plasmó en la estrategia de recortar o frenar, paradójicamente, todo intento de modernización política y cultural que implicara alguna posición contraria a la doctrina de la concentración.

El conflicto azucarero en Tucumán se enmarca en este tipo de situación recién descripta. La producción azucarera tucumana (cultivo e industrialización) fue expandiéndose paulatinamente, conformando un sector muy dinámico en donde existía una relativa heterogeneidad de fracciones de clase tanto del lado empresario, como de los productores agrarios así como del lado de los trabajadores. En 1955 se llega al punto culminante de la expansión cuando se da un record histórico en términos de la superficie cultivada. El Estado siempre estuvo fuertemente relacionado con esta dinámica. El peronismo en los años '50 estableció cuotas de producción, lo cual repercutió en un beneficio para los productores más chicos (menos eficientes en términos productivistas) en desmedro de los productores más grandes. Al mismo tiempo, nace el sindicato en el sector, al constituirse la Federación Obrera de Trabajadores de la Industria Azucarera, quien protagonizará fuertes luchas en los años venideros. Pero al final del período peronista comienza a fracasar la política de intervención y la producción así como el número de trabajadores comienza a decrecer acentuándose en la dictadura posterior. Asimismo el capital logra imponer, con la dictadura a su favor, nuevas condiciones de trabajo aumentando notablemente la inestabilidad laboral. Posteriormente se agudiza la retirada del Estado en tanto ente regulador del sector, favoreciendo a los sectores “más eficientes”, representados por los ingenios y cañeros más concentrados. La producción total creció, llegando a su pico en el año 1965 con un total de 1.200.000 toneladas para un mercado interno que consumía 800.000. Los altos costos relativos impedían cualquier política de exportación por lo cual la crisis comenzó a gestarse. Al mismo tiempo, la FOTIA se radicaliza a partir de una conducción y una base mucho más comprometida con ideales de cambio lanzando una política de alianzas con el resto de los sectores combativos de aquellos años (estudiantes, iglesia tercermundista, trabajadores de otras ramas) a través de decenas de movilizaciones, paros y formas de protestas diversas en pos, no solo de mejorar sus condiciones de trabajo sino formando parte también del clima prerrevolucionario de aquellos años. El gobierno de Onganía, con el objetivo de atajar la crisis, desarrolla lo que se denominó como “Operativo Tucumán”, que consistió en más de lo mismo: un plan de “racionalización” a partir del cual solo los ingenios eficientes podrían subsistir teniendo que cerrar sus puertas el resto. Como paliativo, se proponía un polo de desarrollo regional que absorbiera la mano de obra que quedaba ociosa. Lo primero se llevó a cabo puntillosamente, lo segundo solo quedó en promesas: 11 de los 27 ingenios azucareros cerraron para siempre, subiendo la tasa de desempleo a niveles inéditos y generando una fuerte migración interna (un éxodo de más de 100.000 trabajadores sobre una población provincial de

700.000 habitantes). Este fuerte golpe hizo mella en el movimiento obrero quien lentamente fue perdiendo fuerza en sus luchas, a pesar de ser el principal protagonista que se opuso a la reconversión productiva tucumana. En 1968 resurge relativamente la combatividad obrera de la mano de la nueva CGT de los Argentinos, de la fuerza que adquiriría el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y del auge de un movimiento intelectual contestatario dando como resultado el Tucumán Arde, una obra colectiva de denuncia hecha por una vanguardia artística porteña y rosarina. Pero la dictadura de Onganía igualmente logra su objetivo, desmantelando un notable movimiento de protesta social, a través de políticas de represión en diversos frentes.

Así en 1969 no es Tucumán quien producirá el mayor proceso de movilización social en la Argentina de las últimas décadas, sino Córdoba en donde el movimiento obrero industrial junto al estudiantado se posicionó fuertemente gracias a una sólida situación económica interna, debilitando fuertemente a la dictadura de Onganía. De hecho, el Cordobazo es reconocido por muchos como la estacada final que obliga al gobierno militar a tener que cambiar el titular del ejecutivo<sup>8</sup>.

Por su parte, el Estado asumió un rol todavía más protagónico en el sur de la Argentina, por cuanto, entre otras cosas, no contaba esta región con la larga historia de ocupación y desarrollo existente en el noroeste. La lógica -actualmente en pleno momento de auge- de hiper-explotación de recursos naturales con el solo objetivo de mercantilizarlos en el mercado global, tuvo en los años sesenta su, podríamos decir, etapa de iniciación en su faz más moderna (por cuanto América, desde su misma conquista, se construyó como una región abastecedora de recursos naturales). El proceso de modernización al que se viene aludiendo necesitaba un salto cualitativo en fuentes de energía y la Patagonia podía brindar lo necesario como, por ejemplo, grandes centrales hidroeléctricas. El emprendimiento Chocón – Cerros Colorados en la provincia de Neuquén fue la obra emblemática de aquellos años, llegando a denominarse el “Assuán argentino”. Los conflictos capital-trabajo no se hicieron esperar. El autoritarismo militar de la época sirvió como marco para imponer también un ritmo frenético y autoritario en la condiciones de trabajo. Normas de seguridad inexistentes, hiper-demanda de productividad, problemas de vivienda, salubridad y alimentación fueron el detonante para la organización obrera en contra del consorcio de empresas privadas que regenteaba las obras. Junto al capital empresario actuaban tanto el gobierno como la burocracia de la UOCRA (Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina). En contra de todos estos se sucedieron protestas, manifestaciones y huelgas desde 1969 hasta 1973, cuando en las elecciones el gobernador de la dictadura, don Felipe Sapag supo capitalizar sus habilidades de buen negociador al distanciarse relativamente del gobierno militar y pactar ciertas mejoras con los obreros del Chocón. Fuera del hábil Sapag, quien una vez en su etapa constitucional de gobierno continuó el proyecto modernizador iniciado en la etapa militar, el resto de los estamentos del Estado solo supieron aplicar represión y ruptura de pactos frente al conflicto.

A diferencia de Tucumán y la Patagonia, la región del Nordeste no fue un objetivo focal del plan de modernización perpetrado por la dictadura de los años ´60-´70, sino por el contrario cayó dentro del rango de las áreas “olvidadas”. Por esto último, pero por sobre todo debido a las consecuencias de la política general impulsada para todo el país, la crisis regional no se hizo esperar. De esta manera, es que puede entenderse el origen y el accionar de las Ligas Agrarias, quienes, como ya se dijo, representan sin ningún lugar a dudas el movimiento agrario más importante luego del Grito de Alcorta y hasta la actualidad.

<sup>8</sup> Abundante información sobre el Cordobazo en: Balvé et al, 1973; Anzorena, 1999; Lapolla, 2005

## Relaciones de producción, tierra y crisis en la región chaqueña

Es importante comenzar este apartado destacando la doble crisis que afectaba a las provincias del nordeste hacia fines de los años sesenta, dado que tendrá una importante influencia en el surgimiento de las Ligas Agrarias y sus reivindicaciones (Roze, 1992).

Por un lado una crisis agropecuaria relativa que opera a nivel nacional y por otro, una crisis regional (norte de Santa Fe, Chaco y Formosa) que parte de una serie de cambios en la producción algodonera y que marcan un creciente ensanchamiento de la desigualdad entre zonas de mayor y menor desarrollo relativo ubicándose las provincias del nordeste dentro de las regiones más desfavorecidas en el crecimiento del producto bruto (Rofman y Romero, 1996:233). Si bien desde mediados de los años cincuenta la producción agropecuaria venía observando un sostenido proceso de recuperación, con aumento de inversión, innovación tecnológica, crecimiento de la productividad y la superficie sembrada, hacia fines de la década del sesenta se registra, según lo marcaron las propias entidades más representativas del agro nacional, una crisis temporal marcada por precios insuficientes de los productos de las cosechas, aumento permanente en el precio de los insumos e incremento exagerado de las cargas impositivas y sociales que llevaron a deprimir “el ingreso agropecuario hasta límites insostenibles que imposibilitaron las mínimas inversiones necesarias para el acceso a la tecnología”<sup>3</sup>. Esta crisis a nivel nacional es el prolegómeno del nuevo ciclo de acumulación que se define claramente a mediados de los setenta pero que deviene del largo proceso de transición tratado anteriormente, constituyendo la mencionada estrategia de la modernización que puso fin al ciclo sustitutivo de importaciones iniciado en los treinta. Se va paulatinamente consolidando la etapa centrada en la apertura económico-financiera reestructurando todo el ciclo del capital y generando un largo camino de declive de las economías regionales y un fuerte deterioro del mercado interno (Cfr. Manzanal y Rofman, 1989; Aspiazú y Nochteff, 1994; Rofman y Romero, 1996; Iñigo Carrera, Podestá y Cotarello, 1999).

A nivel regional, pero en fuerte consonancia con procesos nacionales, se venía produciendo desde una década atrás un deterioro progresivo del precio del algodón y una consecuente disminución de su producción, disminuyendo casi un 40% la superficie sembrada, debido a las políticas que desalentaban el cultivo del textil y su reemplazo paulatino por un espectro diversificado de graníferas y una promoción de la ganadería complementaria (pampeanización periférica) para de esta manera poder destinar las mejores tierras de la pampa húmeda al engorde del ganado para exportación (Roze, 2004). Así, después de haber llegado la producción de algodón a su pico máximo en 1957/58 con 732.000 ha sembradas y 550.000 toneladas producidas entre fibra y semillas, desciende en el trienio 69/71 a 429.000 hectáreas y 369.500 toneladas (Bolsa de Cereales, 1984).

Esta crisis tuvo como consecuencia una pauperización del productor agropecuario, que se manifestó en una imposibilidad de acceder a un proceso de capitalización en aquellos casos de productores históricamente mejor acomodados (principalmente ubicados en el norte de Santa Fe y en Chaco), o a una proletarianización en una gran parte de los casos. De esta manera, la emigración, al principio de familiares y finalmente de todo el grupo, con la venta o abandono de la explotación (o su entrega en pago de deudas), o la transformación de miembros de la familia en obreros temporarios para permitir completar el sustento (sin que esto significara eliminar el proceso creciente de endeudamiento progresivo), comenzaron a ser situaciones habituales en la región. Las organizaciones cooperativas ligadas a la producción algodonera (mucho más desarrolladas en Santa Fe y Chaco) también sufren las consecuencias de esta crisis, pues mientras las empresas comercializadoras pagaban mayoritariamente el total y de contado, las cooperativas podían pagar sólo una parte a la entrega y el total cuando realizaban la venta.

Conectado con el proceso de pauperización del productor se generó un circuito en el cual solo empleaban la comercialización a través de las cooperativas aquellos productores que podían aguantar esos plazos, o solo vendían una parte de su cosecha (Roze, 1992). Así, los beneficiados de esta situación serán por un lado los grandes productores que podían diversificar su producción y aprovecharse de los campos dejados por la emigración, y por otro fundamentalmente las grandes empresas comercializadoras, que se constituirán en uno de los focos contra los cuales se dirigirá la protesta de las Ligas Agrarias al verlos como monopolios que hegemonizan la producción imponiendo las reglas de la actividad económica regional. La cantidad de algodón desmotado y comercializado por las cooperativas desciende desde un 39,4% en la cosecha de 1964-65 a un 17,84% en la de 1967-68, mientras que las desmotadoras privadas incrementan su participación desde un 48,3% en la cosecha 1964-65 hasta un decisivo 73,84% para la cosecha de 1967-68 (Ferrara, 1973).

Es importante también resaltar el carácter relativamente periférico que la región viene teniendo dentro del esquema centrífugo que ha asumido históricamente el desarrollo regional en la Argentina y que se agudiza a partir de los años cincuenta a partir de la fuerte penetración de capital internacional. Efectivamente la región del nordeste se caracterizaba por no producir el rango de productos básicos de exportación que configuraban la estructura agropecuaria dominante (y más exitosa) del país (Flichman, 1977). Los productos de estas provincias abastecían predominantemente el mercado interno, el cual ya venía sufriendo fuertes crisis y procesos de achicamiento, en lo que sería el comienzo del proceso aperturista y neoliberal posterior que significó claramente la cuasi liquidación de las economías regionales tradicionales. Es importante también destacar cierto carácter de heterogeneidad interna en cuanto a la producción. Por un lado se han desarrollado algunas actividades que podríamos denominar “pampeanas”, tales como el girasol, maíz y ganadería vacuna pero que asumían un carácter de marginalidad dada las condiciones naturales inferiores de esta región; y por otro, actividades para las cuales la región ha presentado ventajas comparativas, tales como el cultivo de cítricos, algodón, yerba mate, té, tung, tabaco y actividades forestales. A pesar de esta dispersión, es el cultivo del algodón el que concentraba la mayor parte de la producción agropecuaria de la región. La Planicie Centrochaqueña era el eje del monocultivo del algodón (Bruniard, 1978) y el área donde tuvo su mayor expresión el movimiento liguista. El monocultivo de algodón alcanzaba al 90% del total de la superficie agrícola, en explotaciones del orden promedio de las 30 ha. El núcleo algodonerero por excelencia se extendía desde Villa Angela a Quitilipi y Sáenz Peña, degradando paulatinamente hacia el oeste debido tanto a la aridez creciente como a la mayor presencia de latifundios (op. cit.). Si bien los estímulos oficiales para la implantación de la agricultura datan de principios del siglo XX (Girbal Blacha, 2004), es de destacar el carácter relativamente reciente de la expansión agrícola en esta región algodonerera, lo que se evidencia particularmente en la provincia de Formosa. En esta, el período de mayor expansión del sector agrario se da a partir de la posguerra, pues tanto el área cultivada total como algodonerera se duplica entre 1947 y 1960<sup>9</sup>. Para Chaco, si bien el período de máxima expansión es un poco anterior, no por esto deja de ser un área de colonización reciente. El aumento fundamental se da antes de 1947, notándose solo un leve aumento luego de este año<sup>10</sup> (Slutzky, 1973).

Respecto a las relaciones de producción, cabe destacar el escaso peso relativo de los trabajadores asalariados y la relativamente alta presencia de explotaciones

<sup>9</sup> 44.776 ha de área total y 24.811 ha de área algodonerera en 1947 contra 75.056 ha de área total contra 55.437 de área algodonerera (Censos Nacionales, 1947 y 1960)

<sup>10</sup> En Chaco las cifras de superficie cultivada total y con algodón son las siguientes: para 1920, 34-590 ha de área total y 10.160 con algodón; para 1947, 482.699 ha de área total y 304.736 con algodón; y para 1960, 539.782 de área total y 397.769 con algodón (Censos Nacionales de 1920, 1947 y 1960)

basadas en el trabajo familiar. Esta diferencia se notó sobre todo después del censo de 1937, cuando las actividades ganaderas y forestales (demandantes de mano de obra) comenzaron a perder importancia frente a la agricultura. Así, mientras en 1960 nos encontramos con solo un 15.6% de asalariados (frente al 25,1% a nivel nacional) en 1969 desciende a 9,8%, cuando para el total del país ese porcentaje era de un 18,3%<sup>4</sup>. Estos datos ayudan a comprender la importancia de la conformación de Ligas Agrarias de campesinos y pequeños productores en esta región. El colono es un productor directo que contrata mano de obra asalariada de baja calificación en forma esporádica, y junto a esto existe un estrato de campesinos (predominantemente en Formosa) que ocupan tierras fiscales o bien como aparceros o arrendatarios de grandes terratenientes.

Siguiendo a Flichman (1977), podríamos considerar tres tipos básicos de explotaciones agropecuarias en la región: a) producciones familiares dominando en la agricultura (colonos), b) explotaciones ganaderas “tradicionales” con un carácter altamente extensivo, y c) un nuevo tipo de empresa ganadera mucho más capitalizada. El colono es un productor directo que contrata mano de obra asalariada de baja calificación en forma esporádica, y junto a esto existe un estrato de campesinos (predominantemente en Formosa y Corrientes) que ocupan tierras fiscales o bien como aparceros o arrendatarios de grandes terratenientes.

Dentro de este esquema general cabe mencionar algunas particularidades de la provincia de Formosa. Esta provincia se conforma modernamente a partir de una ocupación mayoritaria del territorio en base a una economía ganadera extensiva asentada sobre grandes latifundios, más un intensa explotación forestal (Borrini, 1991; De la Cruz, 2004). Junto a esto, se registra una presencia intersticial de pequeñas explotaciones agrarias minifundistas que no superaban las 25 ha. por lo que un problema central para estos pequeños productores era el acceso y uso de la tierra. La “economía del algodón”, originada también aquí en los inicios del siglo, XX se desarrolló fundamentalmente por pequeños productores familiares que ocuparon las tierras fiscales intersticiales que aún quedaban libres a partir de una emigración espontánea (sin la intervención del Estado) desde provincias vecinas, incluyendo tanto a criollos como a inmigrantes de origen europeo provenientes de la colonización chaqueña (Brodherson y Slutzky, 1975). Se conformó así una estructura agraria de minifundio pues, a la escasa superficie de tierra con disponibilidad agrícola existente con posterioridad a los primeros repartos que conformaron los grandes latifundios, se sumó un magro capital inicial de los productores y una clara diferencia incluso en el precio percibido por su producción (Rofman et al, 1987). Para 1960, del total de explotaciones algodonerías, el 95,4% cultivaba terrenos de hasta 25 ha., de los cuales, el 52,5% lo constituían superficies de hasta solo 5 ha. (Slutzky, 1975; Lavergne, 1977).

Las características de la economía formoseña definían entonces un importante sector de grandes explotaciones ganaderas que realizaba sus ganancias fundamentalmente fuera de la provincia a partir de un proceso de extracción de los recursos locales por capitales extraprovinciales sustentado en latifundios con escasa o nula inversión; más un sector de tipo “campesino” compuesto por pequeños productores, ocupantes en su mayoría de tierras fiscales (lo que marcaba una fuerte precariedad en relación a la tenencia), dedicados mayoritariamente a la autosubsistencia más una producción de algodón para el mercado inmersos en una situación de fuerte subordinación económica, pues los beneficios de la producción algodонера eran primordialmente aprovechados por las empresas comercializadoras, los acopiadores privados, etc. Esto último conformaba un cuadro muy similar al de la provincia de Chaco que dio precisamente origen a las Ligas Agrarias Chaqueñas (Galafassi, 2004). La situación de estos “campesinos” en relación al uso y tenencia de la tierra es lo que marcará la gran diferencia.

El proceso de promoción de una ganadería complementaria mencionado más arriba tuvo también en Formosa uno de sus epicentros. Este proceso se dió a través de una transformación cualitativa de los planteles de ganado ya existentes en las

antiguas explotaciones; así como por la división y venta de antiguos latifundios y su pase a manos de empresas ganaderas de la pampa o a grupos capitalistas provenientes de otros sectores productivos, coexistiendo con un proceso de privatización a partir de la adjudicación de tierras fiscales. Es este último proceso el que constituirá un factor importante en la movilización campesina y la emergencia de conflictos sociales ligados a la tenencia de la tierra (Roze, 1992).

## Movilización agraria en el Nordeste

En la Argentina de los años sesenta y setenta, habían surgido una gama diversa de organizaciones sociales y/o productivas que planteaban cuestionamientos al modelo dominante de sociedad<sup>11</sup>. Los diferentes movimientos de protesta rural en general, y las Ligas Agrarias en su conjunto en particular, se apoyaban en el factor de marginalidad que poseían los pequeños productores y trabajadores rurales en el contexto de la sociedad capitalista vigente. Las Ligas Agrarias que se organizaron en las distintas provincias del nordeste argentino representaron entonces un gran sector de productores rurales, tanto colonos como campesinos, que viéndose marginados del modelo de desarrollo dominante, irrumpieron en la arena de la lucha política de los años setenta, provocando las más diversas reacciones e interpretaciones. En parte fueron interpretadas con miedo y sectarismo por los sectores de poder, como la caracterización de que detrás de ellas se perfilaba la “mano oculta del comunismo” al decir de un editorial del diario La Prensa (27 de febrero de 1972). Pero también, y en sintonía con la efervescencia de diversas expresiones revolucionarias de esos años, fueron interpretadas positivamente como la “larga marcha” del campesinado hacia la revolución<sup>12</sup>.

El proceso de las Ligas Agrarias se inicia a fines de 1970 y prácticamente termina en marzo de 1976 con la destitución del gobierno de Isabel Perón. Una diversidad relativamente amplia de productores, desde campesinos minifundistas pauperizados hasta chacareros medianos, tal como los identifica Roze (1992), comenzaron a darse una organización, provincial y regional que habría agrupado en su conjunto a más de 20.000 familias y 54.000 jóvenes. El proceso de conformación fue gradual y puede considerarse al Movimiento Rural de la Acción Católica fundado en 1958 como uno de sus antecedentes. Se pasó de una organización exclusivamente evangelizadora a otra claramente reivindicativa al compás de la emergencia de procesos e ideas de rebelión social tanto en el seno mismo de la Iglesia, con el surgimiento de la Teología de la Liberación, como de procesos políticos en toda Latinoamérica, afectando todos ellos en forma notable los debates y la organización de este movimiento rural. Esta evolución dentro del Movimiento Rural no estuvo exenta de una serie de conflictos ideológicos y políticos en el seno mismo de las estructuras eclesiales. Así, mientras las Jerarquías de la Iglesia siempre sostuvieron la necesidad de que el Movimiento Rural se circunscribiera a las tareas de evangelización asumiendo que la marginalidad de los campesinos, trabajadores y pequeños productores rurales se explicaba fundamentalmente a partir de la escasa formación educativa de estos; las bases del Movimiento Rural y la mayor parte de los diferentes sujetos del campo que se fueron integrando a este, fueron adoptando gradualmente una posición cada vez más radicalizada desde el punto de vista social y político,

<sup>11</sup> En este punto no puedo dejar de mencionar lo llamativo que resulta, a pesar de la importancia que asumieron las Ligas Agrarias en los años setenta, la ausencia de su mención en las recientes historias agrarias de la Argentina. Por ejemplo Barsky, en su historia neoclásica del agro, a pesar de mencionar la fuerte caída en la producción algodonera, desconoce la crisis que esto genera en la región chaqueña y el consecuente conflicto entre monopolios y productores que da origen al movimiento liguista (cfr, Barsky y Gelman, 2001).

<sup>12</sup> En parte, esta era la posición de Francisco Ferrara en su clásico trabajo sobre las ligas agrarias del año 1973.

siendo las tareas de concientización para llevar adelante un proceso de cambio social las premisas básicas de este sector.

El propio carácter de efervescencia social y política de los primeros años setenta hizo seguramente que las Ligas Agrarias fueran interpretadas de maneras diversas. Ferrara caracterizó en su momento a las Ligas Agrarias como un movimiento social con una fuerte homogeneidad ideológica y de acción a partir de distinguir todas las similitudes que presentaban los distintos grupos en sus acciones y enfrentamientos con las distintas instancias de gobierno (a pesar de tratarse de grupos diferentes de productores). La hipótesis básica de su trabajo fue precisamente la búsqueda de esta homogeneidad y organización unitaria que representaba el conjunto del campesinado más pobre “lanzados definitivamente hacia el combate revolucionario” (Ferrara, 1973: 478). En cambio, Jorge Prospero Roze, en diferentes trabajos de fines de los años setenta (aunque publicados recién en los noventa) hace hincapié justamente en el carácter heterogéneo en donde las diferencias con las que se manifiestan las Ligas Agrarias en cada provincia son puntualmente resaltadas, “condicionadas por las estructuras de clase en el interior de las cuales se desenvuelven los productores asociados a las ligas” (Roze, 1992: 11)

El proceso de agitación y concientización generado por el Movimiento Rural en su última etapa junto a esta crisis que generaba una pauperización creciente fueron los condimentos esenciales que permitieron la emergencia de movimientos rurales de protesta en las distintas provincias del nordeste organizados principalmente a partir del nucleamiento de los productores en cada provincia pero con una importante dinámica de articulación y conjunción a nivel regional. Estas organizaciones a nivel provincial tuvieron características diferenciales, siendo, sin lugar a dudas, las Ligas Agrarias Chaqueñas (LACH) – las primeras en fundarse -, y el Movimiento Agrario Misionero (MAM)<sup>13</sup>, las organizaciones más importantes en cantidad de militantes y en acciones de reivindicación y protesta. La Unión de Ligas Campesinas Formoseñas (ULICAF) y las Ligas Agrarias Correntinas (LAC) tuvieron también un desarrollo destacado con la particularidad de nuclear a productores más cercanos a la caracterización más tradicional de “campesinos”, en donde el problema del acceso a la tierra adquiría un dimensión mucho más importante<sup>14</sup>.

Un acontecimiento sin duda fundacional de estos movimientos agrarios fue el Primer Cabildo Abierto del Agro Chaqueño celebrado en noviembre de 1970 en la localidad de Saenz Peña. Entre las resoluciones adoptadas sobresalen la fijación de un precio mínimo, sostén y móvil para el algodón. En mayo de 1971 se formaliza la creación de las ligas a partir de la designación de autoridades y la aprobación del estatuto. Las reivindicaciones, fundamentalmente orientadas a cuestiones económicas ligadas a la supervivencia de los campesinos como productores agrarios<sup>15</sup> son profundizadas en los congresos siguientes (exenciones impositivas, inenbargabilidad de maquinarias y tierras por deudas, reclamo de tierras, etc.), por medio de las cuales se va configurando un discurso antimonopólico y antiimperialista. Para fines de 1972 los reclamos y las acciones se van radicalizando multiplicándose las medidas de acción directa como el corte de rutas o su bloqueo con clavos “miguelitos” además de la profundización de los paros y huelgas agrarias. El acceso al poder del gobierno peronista a partir de 1973 marcó un cierto “relajamiento” en las confrontaciones, debido a ciertos lazos entre las ligas y la Juventud Peronista y el ala izquierda del partido, quienes pasan a ocupar ciertos espacios en el gobierno y debido también al inicio de actividades de los Montoneros en la región. Con el golpe de Estado de 1976

<sup>13</sup> Cfr. Vilá, 2000 y Bartolomé, 1982).

<sup>14</sup> También existieron, pero con un desarrollo notoriamente menor y con una aparición más tardía, movimientos reivindicativos agrarios en el norte de la provincia de Santa Fe como la Unión de Ligas Agrarias de Santa Fe (ULAS) (cfr. Archetti, 1988) en la provincia de Entre Ríos, como las Ligas Agrarias Entrerrianas.

<sup>15</sup> Estatuto de las Ligas Agrarias Chaqueñas, 1971.

se inicia la persecución y represión sistemática contra militantes y dirigentes liguistas, dando como resultado el desmantelamiento de las Ligas más el inicio de tibios programas de promoción de la producción regional tendientes a restarles bases de sustentación a la posible reconstrucción de la protesta.

Como ya fue dicho, en la provincia de Formosa el acceso y la tenencia de la tierra venía siendo un problema principal para los pequeños productores minifundistas. Por otro lado, si bien el Movimiento Rural de la Acción Católica si tuvo una presencia importante, el movimiento cooperativo en cambio estaba escasamente desarrollado. Los primeros encuentros reivindicativos están, entonces, directamente relacionados con la situación de marginalidad relativa de los pequeños productores, los ejes los constituyen el problema de la tierra y la satisfacción de las necesidades básicas para la subsistencia, lo que permite aplicar más fácilmente la categoría de campesino a estos pequeños productores, a diferencia de aquellos de Chaco y Misiones. A partir de las actividades del Movimiento rural también se generan en Formosa las condiciones para poner a debate y discusión los ejes-problema recién mencionados, llegando finalmente a la creación de la Unión de Ligas Campesinas Formoseñas en septiembre de 1971. Además de las movilizaciones y las tareas de concientización se agregan en Formosa la ocupación de tierras improductivas y la lucha por su tenencia. A todo esto el gobierno provincial responde una vez más con la represión policial y militar.

## Las Ligas Agrarias de la Región Chaqueña

El encuentro fundacional de las Ligas Agrarias Chaqueñas se llevó a cabo en mayo de 1971 (Segundo Congreso) aprobándose el estatuto y eligiéndose la primer Comisión Coordinadora Central. Sus reivindicaciones son mayoritariamente orientadas a cuestiones económicas ligadas a la supervivencia de los “campesinos” como productores agrarios<sup>16</sup>, además de convocar a diferentes movilizaciones, a partir de la cuales comienzan las acciones de represión por parte del gobierno. El estatuto definía: *“La constitución de las Ligas Agrarias ha sido motivada fundamentalmente por, a) debido a la gran despoblación del Chaco, b) un estado de marginación social, que no les permite a los campesinos adquirir un conocimiento profundo de cuáles son las raíces de los problemas que los afecta, c) una situación económico-social de injusticias que afecta desde hace muchos años a todas las familias agrarias y en mayor intensidad a los pequeños y medianos productores (art. 3)”*. Y además agregaba: *“Asegurar una toma de conciencia permanente en todos los afiliados, de los distintos problemas que afectan el desarrollo integral de la familia campesina en lo económico, social y educativo, denunciando las injusticias y atropellos que se cometan (art. 4); Constituir las Ligas como instrumentos de control y de defensa de los intereses económicos y sociales de los agricultores, principalmente del sector más necesitado (art. 5); Constituir con todos los sectores de la producción un frente amplio contra los monopolios (art. 9)”*.

Los congresos siguientes profundizan estas reivindicaciones económicas (exenciones impositivas, inembargabilidad de maquinarias y tierras por deudas, reclamo de tierras, etc.) y la promoción de protestas masivas y huelgas rurales, comenzando a gestarse un discurso antimonopólico y antiimperialista. Las Ligas Agrarias Chaqueñas se definen a si misma como un movimiento gremial y de concientización<sup>17</sup>. Los problemas de la producción algodonera, que si bien eran de antigua data, son puestos en un nivel superior gracias al accionar de las Ligas. Los distintos sectores sociales y económicos de la provincia debatían alrededor de los

<sup>16</sup> *Estatuto de las Ligas Agrarias Chaqueñas*, Saenz Peña, Chaco, 23 de mayo de 1971.

<sup>17</sup> Documento *Que son las Ligas Agrarias* (Ligas Agrarias Chaqueñas, Saenz Peña, mayo de 1972).

temas de precios, función del fondo algodonero, exportación, consumo de fibra en el mercado local, papel del cooperativismo, etc. La actitud de la Federación Agraria a este respecto, razón por la cual las Ligas tendrán en enfrentamiento constante<sup>18</sup>, fue de oposición a las medidas estatizadoras y a la fijación de precios sostén para el algodón en bruto dado que eso impediría jugar libremente a la oferta y la demanda. Es justamente contra estos puntos hacia donde se dirigirá la lucha de las Ligas, porque según su interpretación era precisamente el “libre juego de la oferta y la demanda” lo que permitía que los monopolios pudieran moverse con clara ventaja, por cuanto la oferta se hallaba atomizada en un gran número de productores minifundistas que enfrentaban una muy alta concentración de la demanda en manos de unas pocas firmas acopiadoras. Si bien la combinación monopolio-terrateniente fue un pivote contra el cual lucharon la mayor parte de los movimientos agrarios de esos años, la no existencia de un sector relevante de campesinos sin tierra en la provincia del Chaco y el estrangulamiento que generaba la alta concentración de la demanda hacía incluso dejar en un segundo plano el problema de la tenencia de la tierra (que si tuvo una importancia crucial en la lucha de las Ligas Agrarias de otras provincias del nordeste) a pesar que según las cifras del Censo Agropecuario de 1960 el 59,5% de las tierras cultivadas estaban en manos de apenas un 7,2% de las explotaciones chaqueñas. Para las LACH, a diferencia de las entidades federativas de la industria y la FAA, la causa principal de la crisis de los productores estaba dada por la estructuración monopólica del sector económico regional. Así, mientras la Federación Agraria (coincidiendo con la Unión Industrial) apoyaba una visión donde la “evolución natural del mercado” llevaría la economía a buen puerto, permitiendo a los sectores atrasados modernizarse (siguiendo así la lógica de los sectores dominantes de la época), las Ligas más bien apuntaban a desarmar la dualidad funcional de la estructura económica, que hacía que los beneficios de un sector se generaran gracias a la subsunción del otro. La cuestión entonces de la “dependencia” estaba en la explicación que las Ligas hacían de la situación. *“Vivimos en un país dependiente, que nuestros gobernantes llaman ‘en vías de desarrollo’, pero que la realidad nos muestra constantemente la total dependencia económico-política del extranjero. El interior del país vive dependiente de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, pero para los agricultores esto no termina aquí, ya que debemos sumarle una tercera dependencia con la capital de nuestra provincia (Resistencia). Toda nuestra existencia de productores nos ha mostrado en carne propia la dependencia que tenemos: 1) Al ir a vender nuestro algodón nos fijan los precios; 2) Al ir a comprarlo terminado (hilos-camisas) también nos fijan el precio. Para justificar esta dependencia nos hablan del mercado, y del libre juego de la oferta y la demanda”*<sup>19</sup>

El inicio de la movilización agraria en Formosa tiene algunas características similares a las del Chaco pero también importantes diferencias. A partir de las actividades del Movimiento Rural se comienzan a generar encuentros reivindicativos donde, y aquí está la diferencia, la principal problemática la constituía el acceso y la tenencia de la tierra junto a la satisfacción de las necesidades básicas para la subsistencia. Se suceden las reuniones y concentraciones hasta que finalmente el 11 de diciembre se reúne el Segundo Congreso Campesino en el cual se decide la creación de la Unión de Ligas Campesinas Formoseñas. Se aprueba una declaración constitutiva, los estatutos y se designa una comisión coordinadora central. Se redacta

<sup>18</sup> Este enfrentamiento era muy fácil de ver hasta en los propios folletos de las LACH. Uno del año 1972, por ejemplo, se tituló *Los traidores al movimiento algodonero chaqueño. El papel de funcionarios y directivos de la Federación Agraria Argentina*, y se encargó muy agudamente de marcar las actitudes pro-monopolios de algunos personajes de la FAA: Miguel Fernandez (corresponsal de prensa), Mario Sachi (delegado regional en Resistencia), Antonio Di Rocco (presidente de FAA).

<sup>19</sup> Folleto interno, *Los tentáculos del monopolio algodonero* (Ligas Agrarias Chaqueñas, R.Sáenz Peña, 1972)

además la redacción de un memorial al gobierno y al pueblo, en donde se afirma *“Que la situación campesina refleja un problema estructural, en función del cual se dictan leyes, que manejadas en provecho de una minoría privilegiada, poseedora de fuertes capitales, convierten al campesinado en un sector que vive acorralado y perseguido, al cual hoy el gobierno no sabe darle mejores soluciones que denominarlo o tratarlo como intruso en las mismas tierras que él ha colonizado”*. Se vuelve a manifestar así la centralidad que la tenencia de la tierra posee para estos agricultores.

Esta problemática central para las ULICAF se aborda, en buena medida, a partir de la búsqueda, clasificación y cualificación, y elección de las tierras a ocupar, con argumentos y observaciones por parte de las Ligas, muy ricas en cuanto a elementos de análisis, lo que nos permite estudiar más directamente el modelo de desarrollo rural propuesto. El papel central que las ligas formoseñas asignaban a la tierra, los hace diferenciarse de la situación dominante definida por ellos como “capitalista liberal”. En esta, reconocían críticamente las ligas la existencia de los tres factores clásicos de la producción, tierra, capital y trabajo, más la actividad del empresario que combina los tres factores anteriores. Mientras al capital le corresponde un interés, al trabajo un salario y al empresario un beneficio, a la tierra le corresponde la renta pagada por el campesino al dueño de la tierra. Es precisamente a esta última condición a la cual estará dirigida la crítica y la acción consecuente de las ligas formoseñas con una inspiración cristiana que manifiesta con toda claridad el origen pastoral de las acciones que conformaron en sus inicios a la ULICAF. Así, decían las ligas en un documento referido a la ley de tierras de la provincia: *“Sin embargo nosotros debemos pensar que, de los tres elementos arriba mencionados, el más importante es el trabajo, pues es el aporte del HOMBRE a la Obra de la Creación. Es el que incorpora el valor de los bienes que se producen. Desgraciadamente en la actualidad, el trabajo tiene menor importancia y depende del capital y de la tierra, debiendo ser al revés. Así, LA TIERRA DEBE SER DEL QUE LA TRABAJA ! Es decir, no debe constituir más un bien de renta, un bien que se alquila para producir una renta (alquiler). La concepción cristiana sostiene que la tierra debe entregarse a aquellos que la trabajan, y no ser de señores que sólo cobran alquiler a fin de mes, o a fin de año y gozan de los beneficios de ser propietarios en las ciudades, e incluso en países extranjeros”*<sup>20</sup>

En la ya mencionada segunda reunión campesina del 9 de mayo Villafañe, la cuestión de la tierra aparece ya como elemento central. En el documento “Información a la opinión pública y al gobierno” declaran:

*\* Consideramos injusto: 1) La amenaza de los desalojos sin que se reubique a los colonos desalojados. 2) La situación del que tiene gran cantidad de tierras como la del que tiene tan poca que no le alcanza para vivir dignamente. 3) Consideramos especialmente injusta la situación de los que tienen gran cantidad de tierras y muchas hectáreas sin explotar, pudiendo hacerlo. 4) La situación del que tiene poca tierra y no puede trabajarla porque le faltan herramientas y capital. 5) Que se le entreguen tierras al que tiene capital y que a los colonos pobres no se les entregue. 6) Que la mensura corra por cuenta de los colonos. 7) Que se les saquen piquetes comunales y vecinales donde pastan los animales de varios colonos. 8) Los impuestos que se cobran a los animales de los colonos, que debido a la ausencia de piquetes comunales andan sueltos. 9) Que los impuestos que se cobran al campo no vuelvan al campo.*

*\* Ante esto pedimos: 1) Se suspendan las órdenes de desalojo, así como las amenazas en toda la provincia. 2) Se reconsidere la tenencia de tierras. 3) Se faciliten créditos y maquinarias a los colonos pequeños y medianos. 4) Que la mensura corra por cuenta del gobierno. 5) Que se le otorguen piquetes comunales y vecinales para que pasten los animales. 6) Que las tierras se den al que las trabaja. 7) Que se disminuyan los impuestos. 8) Que la Dirección de Tierras envíe inspecciones para que verifiquen las existencias de tierras aptas, dentro de la zona, donde se reubiquen a los*

<sup>20</sup> Folleto de la ULICAF, *La ley de tierras de la provincia de Formosa*, 1971.

*desalojados. 9) Reinvertir los impuestos sacados del campo en el campo (caminos, escuelas, etc.). 10) Sacar los impuestos excesivos de los insecticidas y maquinarias agrícolas. 11) Para la adjudicación de tierras aptas, tener en cuenta lo siguiente: ser pobladores de la zona, tener familias numerosas, ser agricultores, obligar a poblar la tierra; y no tanto el capital.*

Pero a partir de 1974, comienza por parte de la ULICAF un proceso de re-caracterización del gobierno, el cual había sido considerado hasta el momento como el “gobierno del pueblo” al frente del proceso de “liberación nacional. La posición crítica frente al gobierno se va agudizando al compás de que la lucha por la tierra es asumida como una fase de derrota total, pues la iniciativa ha quedado totalmente en manos del gobierno y su política tiene un ritmo que la ULICAF no puede sino criticar (Roze, 1992:110). La aparición posterior del grupo peronista guerrillero “Montoneros” en la provincia, con el copamiento del aeropuerto local y el intento de ocupación del regimiento de Formosa, provoca una fuerte respuesta represiva con operativos antisubversivos en toda la provincia que llegando incluso a la detención de varios miembros de la ULICAF, a pesar de que está había adherido al duelo por los soldados caídos. Las ligas formoseñas continúan con su accionar, aunque cada vez con mayores dificultades, debido a que la represión por parte del Estado se profundiza: continúan las detenciones de los miembros liguistas (incluida la Comisión Coordinadora Central) denunciándose apremios ilegales contra los detenidos. La dictadura militar liquida los últimos vestigios de la organización.

## Consideraciones finales

Las Ligas Agrarias fundamentaban su movimiento de protesta en el proceso de exclusión que sufrían los colonos y “campesinos”. El nordeste representaba (y aún lo sigue representando) una región periférica y hasta excluida, frente a la región pampeana central, pero además los pequeños productores se veían sumidos en un segundo proceso de exclusión en términos de su lugar definitivamente marginal dentro de la estructura económica y social de la región del nordeste, dominada, tal como lo definían las ligas, por los monopolios. Así, es este “quedar afuera” de las condiciones favorables (en el sentido de aumento de la calidad de vida) del proceso de modernización lo que da origen a la rebelión agraria. De alguna manera se podría caracterizar a la crisis presente en la región chaqueña de los años setenta como una variante de los procesos de descampesinización tardíos del capitalismo, en donde la producción agraria va adquiriendo gradualmente el carácter de economía claramente capitalista, desplazando así a cualquier forma de producción familiar, o transformando a esta producción familiar en aquella exclusivamente orientada a la acumulación y la maximización de las ganancias. Esta claro que es la categoría de “campesino medio” aquella que resiste mejor este proceso de descampesinización, lo cual no implica que no sea también afectada. La condición intermedia del campesino medio entre un típico productor capitalista y un campesino clásico le permite una mayor flexibilidad ante los procesos de crisis. La producción familiar de la región chaqueña posibilitaba la adecuación a los períodos de crisis, utilizando -más fácilmente en Formosa- estrategias de subsistencia de la clase campesina que implicaban la adopción de conductas económicas de autodefensa social que en líneas generales no pueden utilizar las explotaciones plenamente capitalistas<sup>21</sup>. El proceso de concientización y organización de los productores agrarios como clase y el contexto “revolucionario” de los años setenta, posibilitó el surgimiento de movimientos de protesta que ponían en jaque a la estructura tradicional de las sociedades hijas del proceso de modernización periférico.

<sup>21</sup> Sobre los procesos de descampesinización en relación a la categoría “campesino medio”, ver por ejemplo, Azcuy Ameghino, 2004.

Pero estos “campesinos medios” reunidos en las Ligas Agrarias, sin salirse de los cánones generales del desarrollo y el progreso moderno, si rechazaban la lectura unilineal de la teoría de la modernización dominante generada en los países desarrollados, pues, entre otras cosas, fundaban su situación de marginación, no en pautas culturales y sociales atrasadas (como argumentaba, por ejemplo, la teoría clásica de la modernización), sino en factores externos a sus propios modos de vida que impedían, vía el proceso de subsunción y explotación de clases, el desarrollo igualitario de los pequeños productores. El monopolio, y el Estado cómplice, eran la causa del atraso campesino según la mirada de las ligas. Y esta asociación monopolios-Estado era vista claramente como una entidad funcional al modelo de desarrollo rural (como eslabón de la gran cadena general del desarrollo o subdesarrollo nacional) vigente.

A su vez, el proceso de crisis generado a partir del agotamiento y reemplazo del modelo de sustitución de importaciones y la reinstalación de un modelo de renovada apertura económica a partir de fines de los años cincuenta, puede ayudar, en forma importante, a explicar el modelo de representación respecto al desarrollo. Este movimiento agrario tenía como objetivo, no seguir perdiendo en el proceso de distribución de los recursos, tal como venía ocurriendo a partir de la crisis económica aguda que afectaba a la región. El proceso de comercialización constituía un eje clave de sus protestas, pues justamente en este proceso se definía fuertemente la estructura productiva y la trama de relaciones entre las clases y las fracciones de clase presentes en el proceso económico regional. De aquí que su modelo de desarrollo se sustentaba en principios de intercambio, que sin salirse del capitalismo, intentaban generar fuertes mecanismos de regulación para una distribución más igualitaria de los recursos. El acceso al recurso tierra implicaba una cuestión de peso para aquellos productores no propietarios, pero tomado exclusivamente como un factor de producción esencial, no disponible para el estrato campesino, al estar concentrado en manos de grandes productores y monopolios. En este sentido, la tierra jugaba un papel absolutamente en regla con lo definido más arriba en términos de que la causa de los conflictos giraba alrededor de la distribución de los recursos. Las Ligas Agrarias no planteaban una ruptura profunda alrededor del modelo productivo clásico (es decir, moderno y capitalista) centrado en la lógica del crecimiento a partir de la explotación cada vez más intensiva de los recursos naturales; en todo caso, sus críticas estaban exclusivamente dirigidas al modelo de crecimiento clásico liberal (ligado a la teoría de la modernización), al hacer hincapié en ciertos aspectos de la explotación existente entre clases o fracciones de clases.

Es decir que las luchas de las Ligas Agrarias (como de tantos otros) estuvieron estrechamente relacionadas con la estructura social más que con problemas subjetivos de identidad y lógica individual, ejes centrales de las nuevas teorías sobre los movimientos sociales<sup>22</sup>, lo que explica la predominante incapacidad de estas nuevas teorías para dar cuenta de estos procesos.

La importancia que la estructura social asume en ambas provincias (Chaco y Formosa) se manifiesta con diferentes variantes. Mientras la relación pequeños productores – monopolios comercializadores está presente en toda la región chaqueña algodonera, aunque con especial relevancia en Chaco, la lucha por la tierra se presenta particularmente en Formosa ligada a los “campesinos pobres” o pequeños productores de subsistencia. Las características de la economía formoseña definían

<sup>22</sup> Esto implica que si bien los problemas subjetivos ligados a la identidad y la lógica individual están presentes obviamente en cualquier grupo social no constituyen un eje ordenador a partir del cual intentar interpretar la lucha de estos movimientos agrarios, demostrándose una vez más la escasa pertinencia que tienen las teorías norteamericanas y europeas contemporáneas neo-funcionalistas ligadas al individualismo metodológica para intentar una explicación profunda del problema de los movimientos sociales en el siglo XX, principalmente en América Latina.

un importante sector de grandes explotaciones ganaderas que realizaba sus ganancias fundamentalmente fuera de la provincia a partir de un proceso de extracción de los recursos locales por capitales extraprovinciales sustentado en latifundios con escasa o nula inversión; más un sector de tipo “campesino pobre” compuesto por pequeños productores, ocupantes en su mayoría de tierras fiscales, dedicados mayoritariamente a la autosubsistencia más una producción de algodón para el mercado inmersos en una situación de fuerte subordinación económica, pues los beneficios de la producción algodonera eran primordialmente aprovechados por las empresas comercializadoras, los acopiadores privados, etc. Como se dijo, es esto último lo que conformaba un cuadro muy similar al de la provincia de Chaco que dio precisamente origen a las primeras Ligas Agrarias del Nordeste. La lucha entre los pequeños y medianos productores y las grandes compañías comercializadoras marcó el eje principal para la conformación del movimiento liguista en la provincia del Chaco. La crisis nacional y regional de los años ´60 generó una ruptura del estado de relativo equilibrio económico alcanzado en el desarrollo de la producción algodonera, en el cual el accionar de las cooperativas agrarias que representaban a este sector social de la producción, fue garante del crecimiento económico de los pequeños y medianos productores y de una relación de relativamente baja subordinación de estos frente al gran capital. La crisis agudizó las contradicciones y el nuevo marco de política económica aperturista generado luego del peronismo, favoreció la expansión y concentración de los grandes capitales nacionales e internacionales, a expensas de la más difusa red de pequeños y medianos agricultores independientes.

Por otro lado, la relación histórica entre los grandes explotadores ganaderos y los “campesinos pobres” -sin tierra- (especialmente en Formosa, aunque también marginalmente en Chaco), no tuvo un carácter mayoritariamente conflictivo, por cuanto el campesinado representaba un sector tan marginal -en término de las relaciones sociales de poder-, que su alta imposibilidad de capitalización unida a la presencia de una determinada superficie de tierras intersticiales aptas para satisfacer necesidades mínimas, conformaba una situación que limitaba las demandas disminuyendo así fuertemente la emergencia de antagonismos. Pero esta situación de aparente calma en la relación entre las clases se vio radicalmente trastocada al entrar la región Nordeste en una nueva asignación de roles en la distribución de las funciones regionales, lo cual potenció el afloramiento de las contradicciones sociales. La necesidad de liberar tierras de la región pampeana de la cría del ganado para destinarlas al engorde fue el factor fundamental que transformó las funciones productivas de la provincia generando cambios estructurales como la división y venta de antiguos latifundios que profundizó la entrada de capitales extraprovinciales o extraganaderos y un proceso de privatización por adjudicación de tierras fiscales. Fue este último proceso, desarrollado fundamentalmente en la década del ´60 el que propició las condiciones básicas que originaron los conflictos centrales de la movilización campesina y la emergencia de las ULICAF en Formosa. La ley provincial N° 113 de 1960, fue el instrumento para la adjudicación de tierras fiscales que intentó ordenar en forma definitiva, según la lógica de los sectores hegemónicos, la situación de la estructura rural formoseña, caracterizada por altos porcentajes de ocupantes gratuitos de tierras fiscales, arrendatarios fiscales, y una variedad de formas precarias de tenencia producto de décadas de ocupación espontánea y formas inestables y primitivas de colonización. Fue la movilización de las ligas agrarias campesinas la que intentó ponerle límites a este proceso de enajenación de los históricos intersticios productivos que posibilitaban la existencia del estrato campesino. Así, a la crisis del algodón (que emparentaba la lucha en Formosa con la de las ligas chaqueñas y santafecinas) se sumó en Formosa un proceso tanto o más grave que fue la posibilidad de expulsión de los campesinos de sus tierras, más la apertura a partir de la letra de la ley, de la ocasión histórica para enmendar la precaria situación de tenencia de la mayoría de los pequeños productores.

De esta manera las Ligas inscriben claramente su lucha dentro de una acepción que resalta las desigualdades sociales y las desigualdades socioeconómicas espacio-territoriales. Su accionar se define explícitamente desde su situación de marginalidad y subsunción social y “subdesarrollo” regional, frente a la producción agropecuaria dominante que concentraba los recursos y definía las políticas para el sector. Las Ligas Agrarias se situaron entonces como un sector social claramente enfrentado a ciertos patrones del modelo de desarrollo dominante y que dada las particulares características de “efervescencia revolucionaria” de los años setenta, se constituyeron en un movimiento social agrario que a pesar de poseer fundamentalmente reclamos reales solo de reforma económica-política, desarrollaron un discurso y un accionar fuertemente radicalizado.

## Bibliografía

ANZORENA, Oscar. Tiempo de Violencia y utopía. Del golpe de Onganía al golpe de Videla. Buenos Aires: EPN, 1999.

ARCHETTI, Eduardo. Ideología y organización sindical: las ligas agrarias del norte de Santa Fe. En: Desarrollo Económico, vol. 28, núm. 111 (octubre-diciembre 1988).

ASPIAZU, Daniel y Hugo NOCHTEFF. El desarrollo ausente. Restricciones al desarrollo, neoconservadurismo y elite económica en la Argentina. Ensayos de economía política. Buenos Aires, FLACSO-Tesis Norma, 1994.

AZCUY AMEGHINO, Eduardo. Capitalismo y campesinado: el marxismo y las clases sociales en el campo. En: Trincheras en la historia, historiografía, marxismo y debates. Buenos Aires, Imago Mundi, 2004.

BALVÉ, Beva, Miguel MURMIS, Juan MARÍN, Lidia AUFANG, Tomás BAR, Beatriz BALVÉ y Roberto JACOBY. Lucha de calles, Lucha de clases. Elementos para su análisis (Córdoba 1969-1971), Buenos Aires: La Rosa Blindada, 1973 (reedición 2005 RyR - Cicso).

BARSKY, Osvaldo y Jorge GELMAN. Historia del agro argentino. Desde la conquista hasta fines del siglo XX. Buenos Aires: Mondadori, 2001.

BARTOLOME, Leopoldo. Base social e ideología en las movilizaciones agraristas en Misiones entre 1971 y 1975. En: Desarrollo Económico, vol. 22, núm. 85 (abril-junio 1982).

BORRINI, Héctor Ruben. Ocupación y organización del territorio nacional de Formosa (1880-1950). En: Cuadernos de Geohistoria Regional nº 24. Resistencia, IIGHI-CONICET, 1991.

BRODHERSON, Víctor y Daniel SLUTZKY. Formación y desarrollo de las estructuras agrarias regionales. Formosa. Buenos Aires: Consejo Federal de Inversiones, 1975.

BRUNIARD, Enrique. El Gran Chaco Argentino (ensayo de interpretación geográfica). En: Geográfica. Revista del Instituto de Geografía, nº 4, Instituto de Geografía, Universidad Nacional del Nordeste, 1978.

Ciafardini, H. La Argentina en el mercado mundial contemporáneo. En: Ciafardini, H. Crisis inflación y desindustrialización en la Argentina dependiente. Buenos Aires: Agora, 1990.

DE LA CRUZ, Luis María. El Estado y la cuestión de la tierra tras la frontera agropecuaria de Formosa. ¿Geopolítica del desarrollo o del subdesarrollo? En: Belli, Slavutsky y Trincherro (comp.), La cuenca del río Bermejo. Una formación social de fronteras. Buenos Aires: Editorial Reunir, 2004.

FERRARA, Francisco. Que son las Ligas Agrarias. Historia y Documentos de las organizaciones campesinas del Nordeste Argentino. Buenos Aires: Siglo XXI, 1973.

FLICHMAN, Guillermo. La renta del suelo y el desarrollo agrario argentino. Buenos Aires: Siglo XXI, 1977.

GALAFASSI, Guido. Las Ligas Agrarias Chaqueñas frente al proceso de modernización y desarrollo. Una primera aproximación. En: Galafassi (comp.) El campo diverso. Enfoques y perspectivas de la Argentina agraria del siglo XX. Buenos Aires: UNQ Editorial, 2004.

GALAFASSI, Guido. Cuando el árbol no deja ver el bosque. Neofuncionalismo y posmodernidad en los estudios sobre movimiento sociales. En: Revista Theomai, Estudios sobre Sociedad y Desarrollo, n° 14, segundo semestre 2006.

GRELA, Plácido. El Grito de Alcorta. Historia de la rebelión campesina de 1912. Rosario, Ed. Tierra Nueva, 1958.

GIRBAL-BLACHA, Noemí. Opciones para la economía agraria del Gran Chaco Argentino. El algodón en tiempos del Estado intervencionista. En: Guido Galafassi (comp.) El campo diverso. Enfoques y perspectivas de la Argentina agraria del siglo XX. Quilmas: Editorial UNQ, 2004.

HEALEY, Mark Alan. El interior en disputa: proyectos de desarrollo y movimientos de protesta en la regiones extrapampeanas. En: Daniel James (comp.) Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976). Nueva Historia Argentina, Tomo IX. Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 2003.

IÑIGO CARRERA, Nicolás; PODESTA, Jorge y María Celia COTARELO. Las estructuras económico sociales concretas que constituyen la formación económica de la Argentina. Buenos Aires: PIMSA, *Documentos e investigaciones* N° 18, 1999, pp. 37-81.

LAPOLLA, Alberto. Kronos: historia de las luchas y organizaciones revolucionarias de los años setenta (2 tomos). Buenos Aires: De la Campana, 2005.

LAVERGNE, Néstor. El desarrollo agrario de la región chaqueña argentina: un caso de laboratorio. Buenos Aires: CISEA, 1977.

MANZANAL, Mabel y Alejandro ROFMAN. Las economías regionales de la Argentina. Crisis y políticas de desarrollo. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1989.

PEÑA, Milciades. Industria, burguesía industrial y liberación nacional. Buenos Aires: Ed. Fichas, 1974.

PEÑA, Milciades. El peronismo. Selección de documentos para la historia. Buenos Aires: Ed. Lorraine, 1986

RAPOPORT, Mario y colaboradores. Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000). Buenos Aires: Ed. Macchi, 2000

ROFMAN, Alejandro y Luis ROMERO. 1997, Sistema socioeconómico y estructura regional en la Argentina. Buenos Aires: Amorrortu, 1997.

ROFMAN, Alejandro; A. QUINTAR; N. MARQUÉS y Mabel MANZANAL. 1987, Políticas estatales y desarrollo regional. La experiencia del gobierno militar en la región del NEA (1976-1981). Buenos Aires: Ediciones CEUR, 1987.

ROZE, Jorge Próspero. Conflictos agrarios en la Argentina: El proceso liguista (2 tomos). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1992.

ROZE, Jorge Prospero. Del apogeo y crisis de una burguesía hegemónica al defensismo de una burguesía en disolución. El caso del Chaco 1970-2000. En: Revista Theomai, Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo, núm. 9, primer semestre de 2004. (versión electrónica: <http://www.unq.edu.ar/revista-theomai/numero9>)

SKUPCH, Pedro. Concentración industrial en la Argentina 1956-1966. En: Desarrollo Económico, vol. 11, nº 41, abril-junio 1971

SLUTZKY, Daniel. Tenencia y distribución de la tierra. Formosa. Buenos Aires: Consejo Federal de Inversiones, 1975.

SLUTZKY, Daniel. Tenencia y distribución de la tierra en la región NEA. Buenos Aires: Consejo Federal de Inversiones, 1973.

VILÁ, Daniel. Ni hombres sin tierras, ni tierras sin hombres. En: Los 70, año 1, nº 9, 2000, pp. 10-26.

VITELLI, Guillermo. Los dos siglos de la Argentina. Historia económica comparada. Buenos Aires: Pendergast, 1999

### Fuentes primarias

- Banco Central de la República Argentina: *Memoria año 1969*. Buenos Aires, mayo de 1970
- Bolsa de Cereales: *Número Estadístico 1984*. Buenos Aires.
- “Declaración de las Entidades Agropecuarias del país al Gobierno Nacional y a la Opinión Pública”. En *Revista UCAL*, nº 154, junio de 1970, Buenos Aires, p. 5.
- Diario *La Mañana*, 10 de septiembre de 1975, p. 7, Formosa.
- Diario *La Prensa*, Editorial, 27 de febrero de 1972, Buenos Aires.
- Documento “*Memorial al gobierno y al pruebo*”, Unión de Ligas Campesinas Formoseñas, diciembre 1971.
- Documento “*¿Qué es el paro activo?*”, Ligas Agrarias Chaqueñas, Villa Angela, 8 de septiembre de 1972.
- Documento “*Que son las Ligas Agrarias*”, Ligas Agrarias Chaqueñas, Saenz Peña, mayo de 1972.
- Documento “*Estatuto de las Ligas Agrarias Chaqueñas*”, Saenz Peña, Chaco, 23 de mayo de 1971
- Folleto “*La ley de tierras de la provincia de Formosa*”, Unión de Ligas Campesinas Formoseñas, 1971.
- Folleto “*Los traidores al movimiento algodonero chaqueño. El papel de funcionarios y directivos de la Federación Agraria Argentina*”, Ligas Agrarias Chaqueñas, 1972.

- Folleto interno “*Los tentáculos del monopolio algodonero*”, Ligas Agrarias Chaqueñas, R. Sáenz Peña, 1972.
- INDEC: *Censo de los Territorios Nacionales*. Buenos Aires, 1920
- INDEC: *Censo Nacional de Población*. Buenos Aires, 1947
- INDEC: *Censo Nacional de Población*. Buenos Aires, 1960.
- “Manifiesto a la Opinión Pública, a todo el campesinado y futuros gobernantes”, en *El Campesino*, R. Sáenz Peña (Chaco), marzo de 1973, pag. 3.
- Periódico político *La Comuna*, número 8, noviembre de 1972.
- *Siguiendo la Huella*: publicación del Movimiento Rural de Acción Católica, agosto de 1971.

Recebido em abril de 2007  
Aprovado em maio de 2007